

## CUADRAGÉSIMA SEXTA INSTRUCCION.

## OCTAVO MANDAMIENTO.

## SEGUNDA INSTRUCCION.

LA DETRACCION Y LA CALUMNIA SON UN PECADO MUY COMUN; LAS CONSECUENCIAS SON MUY GRAVES Y ES DIFICIL REPARARLAS.

TEXTO. — *Non loqueris contra proximum tuum falsum testimonium... Non mentiemini.* No levantarás falso testimonio contra tu prójimo, ni mentirás.

(EXOD. XX, 16. LEVIT. XIX, 11).

EXORDIO. — El Domingo último, hermanos míos, os demostré como la mentira es siempre un pecado; manifestando al propio tiempo con cuanto horror miraron los santos este vicio, y añadimos que, á ejemplo suyo, debíamos nosotros esforzarnos en evitar la mentira y procurar mostrarnos veraces en nuestras palabras. Y para ser exacto, debo deciros que si toda mentira es pecado, en cuanto se opone á la verdad, hay empero mentiras que tienen mayor malicia, siendo de suyo mucho mas graves que otras. Hay, en efecto, tres especies de mentira, á saber jocosa, oficiosa y perniciosa<sup>1</sup>. Mentira jocosa es la que se dice por vía de recreacion y divertimiento, como cuando uno cuenta una cosa que no es verdadera y que excita la hilaridad de los circunstantes, sin ofender en nada la caridad y reputacion del prójimo. La mentira oficiosa es cuando se disfraza la verdad en provecho propio ó por obligar en algo al prójimo, pero sin que á nadie resulte perjuicio de tal modo de mentir. Por ejemplo, un niño se excusa en la escuela ó excusa á alguno de sus camadas; y lo hace negando alguna cosa para li-

1. Véase S. Agustin, libro *sobre la Mentira* y santo Tomás *Summa Theolog. secunda quast. cx, art. 2.*

brarse del castigo ó para que no se castigue á los demás; eso sería un mentira oficiosa. Pero el otro género de mentira, esto es, la perniciosa es incomparablemente peor y mas criminal en la presencia de Dios. Tal es la que, inspirada por la malicia y perversidad, causa daño á nuestro prójimo, sea en sus bienes, sea en su honor ó reputacion. Y lo comprenderéis, hermanos míos, si reflexionais que la mentira perniciosa no sólo hiere la verdad, sino que ultraja la justicia y sobre todo la caridad que debemos á nuestros hermanos, caridad tan vivamente recomendada por Jesucristo nuestro Señor y sus Apóstoles. De esta especie de mentira es mi intento hablaros en esta instruccion y la siguiente...

PROPOSICION. — Hoy trataremos de la detraccion y de la calumnia y en especial de la calumnia, vicio innoble y por desgracia muy comun, casi siempre mal confesado y casi nunca reparado... Este asunto es muy serio y muy grave, y por lo tanto reclama toda vuestra atencion. Despues hablaremos en la siguiente instruccion del falso testimonio y del juicio temerario, que no es otra cosa que un falso testimonio producido interiormente en el tribunal de la propia conciencia con ocasion de las palabras, acciones y conducta del prójimo.

DIVISION. — *En primer lugar* la detraccion y la calumnia son un pecado muy comun; *en segundo lugar*: las consecuencias de tal vicio son gravísimas y es muy difícil repararlas.

*Primera parte.* — Ya sé, hermanos míos, y tampoco lo ignorais vosotros, si guardais algun recuerdo del catecismo, que hay una diferencia esencial entre la detraccion y la calumnia. Si el mal que se imputa al prójimo es verdadero, será esto una detraccion ó murmuracion; si es falso, será una calumnia. Mas, como nuestra naturaleza es desgraciadamente propensa á exagerar el mal, no pocas veces la detraccion se llega á la calumnia, y siempre, sí, siempre la lengua maldiciente es peculiar de un calumniador. Hé ahí el motivo que tengo para unir en esta instruccion esos dos vicios, porque, repito, casi siempre los dos se confunden en uno solo.

Los mismos paganos miraban con horror á esos espíritus malé-

volos que se ceban, en cierta manera, en roer la reputacion del prójimo. Un principe preguntaba un día à un filósofo cual era el animal mas dañino ; y recabó esta respuesta : Entre los animales domésticos los mas temibles son los aduladores ; y entre las bestias salvajes los maldicientes... La sagrada Escritura compara al calumniador à la serpiente que se desliza por entre la yerba para mordernos ; y S. Pablo añade que Dios detesta à los murmuradores *Detractores Deo odibiles*<sup>1</sup> ; ¿Cómo se explica, pues, que ese detestable vicio se halle tan difundido entre los hombres?... La causa está en la extrema facilidad con que, inducidos por nuestra corrompida naturaleza, podemos entregarnos à él, y tal vez en la complacencia que mostramos en escuchar à los maldicientes y calumniadores.

¡ Calumniar !... Si para un gran número de almas livianas, envidiosas y malévolas es una cosa tan fácil como el hablar. Este vicio es propio de cobardes, pues no se tiene el valor de lanzar de frente y en cara de la persona injuriada el dardo de la maledicencia y calumnia, sino por detrás, à mansalva y en la sombra... Detened à esa mujercilla que va de casa en casa à destrozr la reputacion de su prójimo ; preguntad à esos hombres orgullosos y envidiosos que en todo hallan que criticar, de modo que casi nadie se escapa de sus censuras y mala lengua, y decidles : « Ya os he oído, pero para estar seguro de la verdad de vuestras palabras, vamos à encontrar à aquel ó aquella de quienes habeis hablado mal, y repetireis en su presencia lo que acabais de decirme », y veréis como no consienten en ello... No, porque por detrás, y à guisa de cobardes y traidores suelen los calumniadores atacar à sus víctimas ; como no estais à la vista para defenderos, les es fácil tiznar vuestra probidad, vuestra reputacion y vuestro honor. Quizás esos villanos os habrán adulado en vuestra presencia ; pero en punto os hayais retirado, cambiará su lenguaje, y puede que os suceda lo que sucedía al santo Job que dice de sus amigos : « Cuando los dejaba, me despedazaban sus lenguas<sup>2</sup> ».

1. Roman. I, 30.

2. *Cum ab eis recessissem detrahebant mihi.* (Job. xix, 18).

Lo que tambien hace que sea tan comun este vicio es las mil maneras que hay de cometerlo. A veces se echa mano de un elogio, entre el cual se desliza un frase que lo destruye... Ese hombre es muy honrado, pero... esa mujer sería perfecta, si... Y en estas suspensiones, no lo dudeis, se halla siempre la maledicencia y no pocas veces la calumnia... Os hallais, por ejemplo, en una reunion en que se hace el elogio de una persona ; pero haceis un gesto, un movimiento ó dais un codazo, ó no sé qué, con lo cual dais à entender à los circunstantes que protestais contra el tal elogio ; eso será una maledicencia en accion... No faltan tampoco ciertos calumniadores que saben juntar la hipocresía con la calumnia : « Ah ¡ si os digo eso, dicen, no es que quiera mal à esa persona, antes la aprecio mucho »... Y à menudo bajo esas fórmulas melosas ocultan las mas pérfidas intenciones... ¡ Cuántos ejemplos de ello nos suministrara la vida de los Santos !

Todavía me falta añadir que lo que hace sobre todo tan comun este vicio es la complacencia que se muestra en escuchar à los maldicientes y calumniadores y la facilidad verdaderamente reprehensible en darles crédito. Todos deberiamos imitar el ejemplo de S. Augustin, el cual no podía sufrir que se denigrara en su presencia la buena reputacion del prójimo con detracciones y calumnias. Para apartar de este vicio à los que frecuentaban su casa y eran admitidos à su mesa, había hecho inscribir con grandes caracteres en una parte bien visible de su refectorio : « El que guste de hablar mal de los ausentes, sepa que no tiene derecho à sentarse en esta mesa... » Un día uno de sus amigos, olvidado de la advertencia, comenzó à despacharse en maledicencias contra una persona ausente, y el santo le interrumpe con aspereza, diciéndole : « Es preciso, amigo mío, ó que vos abandoneis esta mesa, ó que yo borre esa inscripcion »...

Si los murmuradores y calumniadores recibiesen siempre una semejante acogida por parte de los que les escuchan, es menester convenir, hermanos míos, en que este vicio dejaría de ser tan comun... Qué quereis que haga, se dice, yo escucho lo que me cuentan, pero nada creo y estoy bien lejos de aplaudir à esa gente

ruin que parece no tener mas ocupacion que hablar mal de todo el mundo. Es decir que no creéis nada!... ¿Podeis afirmarlo con seguridad?... No aplaudís!... ¿Es eso cierto? Pero debeis saber que vuestro mismo silencio y la atencion con que escuchais la calumnia, es ya un género de aprobacion...

Poneos en lugar de aquellos, cuya reputacion se destroza en vuestra presencia; ¿no estaríais bien contento que alguien os defendiese é hiciera callar esa lengua de víbora, que os calumnia?... Y si no teneis el valor necesario para hacerlo, tratad á lo menos de desviar con industria la conversacion... El famoso Tomás Moore, ese heroico cristiano, que sufrió el martirio en Inglaterra, miró con extremo horror la maledicencia y calumnia. Desde el momento que advertía ser atacada la reputacion del prójimo, cambiaba al punto de conversacion, é interrumpía la lengua del murmurador de una manera brusca y súbita... — Pensad lo que queráis, decía él, para mí la casa en que moramos es bien construida; confesad que era hábil el arquitecto que formó el plano... Dicen tambien que la feria de ayer era hermosa... — Y el osado calumniador, cortado así por medio su relato, se retiraba corrido y confuso... Sí, lo repito, hermanos carísimos, este pecado sería incomparablemente menos comun, si se dejase de prestar oídos á los maldicientes y calumniadores. La maledicencia, dice S. Paulino, no sería de mucho tan frecuente, si casi todo el mundo no la escuchara con placer<sup>1</sup>.

*Segunda parte.* — He añadido, hermanos carísimos, que eran gravísimas las consecuencias de la maledicencia y calumnia y que era difícil repararlas. Ya no os diré que tal vicio causa daño al calumniador, al que le escucha y además á la persona, de quien se habla mal. No insisto sobre este punto, á pesar de que el arma que á cada golpe hiciera tres víctimas, sería á mi parecer muy peligrosa.

Una comparacion os hará ver la malicia y los desastrosos efec-

1. *Idcirco in multis fervet hoc vitium, quia pene ab omnibus libenter auditur.* (Apud S. Leonardo de Porto-Mauricio).

tos que puede producir y que produce casi siempre este vicio tan comun, que no deja por eso de ser profundamente detestable é infame. Figuraos un estanque ó depósito de agua; echad allí una piedra y veréis que alrededor de la piedra se forma como un pequeño circulo, y no para en eso, sino que además toda el agua se agita, los circulos se aumentan y engrandecen y toda la masa del agua se ha puesto en conmocion. Tal es el efecto producido por la maledicencia y calumnia; algunas personas la escuchan, éstas corren á contar á otras lo que han oido, y dentro poco todo un pueblo, toda una ciudad habrán recogido el mal discurso y se habrán saturado quizá de aquel sutil é infernal veneno...

Para apreciar la verdad de estas reflexiones, no hay mas que abrir el Evangelio... Contemplad el Domingo de Ramos á nuestro divino Jesús subiendo á Jerusalem, sentado sobre un pobre jumento. Una turba inmensa le aclama y repite sus alabanzas. Se tapiza de verde ramaje el camino por donde debe pasar, y de todos lados se oyen gritos de gozo é himnos de triunfo; la muchedumbre toda está clamando: « Hosana al Hijo de David, bendito sea el que viene en nombre del Señor ». Ha pasado ya el Domingo de Ramos, y nos encontramos en Viernes Santo. Escuchad á esa misma turba aullando ante el tribunal de Pilatos con estos gritos siniestros: « Quitadlo de ahí, crucifícale »... ¿quién ha producido cambio tan extraño? ¿No es él el mismo Jesús del otro día?... Sí, vos mismo erais, o dulce Redentor de nuestras almas... Pero vuestros enemigos, inspirados por el rencor y la envidia os han calumniado entre esa muchedumbre... Ellos han dicho: es un hipócrita, un seductor y muchas otras cosas mas que, sin duda, habrán tenido vergüenza de escribir los Evangelistas... Y gracias á la maldad de la calumnia, los enemigos del Salvador pudieron formar de aquella muchedumbre tan devota una turba de salvajes é ingratos.

Eso encontramos en el Evangelio, no podeis decir que exagero, hermanos carísimos; y ese espectáculo, podeis haberlo notado, se reproduce proporcionalmente mas de una vez... Ese obrero honrado gozaba de la comun estima; esa doncella era prudente é iba á contraer un enlace ventajoso, pero se ha puesto un calumniador

por en medio y hé aquí comprometida la suerte del uno y cortado el porvenir de la otra... Cuántos ejemplos mas podría citaros; pero me parece que por lo que os he dicho podeis conocer suficientemente las graves consecuencias que traen la maledicencia y la calumnia y cuan irreparables son sus daños. Y es necesario advertir que así como el ladrón no puede obtener el perdón de sus robos, si no restituye lo robado, así no puede haber perdón para el que ha perjudicado injustamente la fama del prójimo con detracciones y calumnias, sin una reparación suficiente del perjuicio causado.

Permitidme contraros á este propósito dos hechos, que siempre me han impresionado y que cuentan autores muy graves. Un gentilhombre español presentóse un día al venerable Alfonso de Castro, religioso franciscano: — Padre, le dijo, me acuso de haber calumniado á una noble señora, jactándome delante de muchas personas de haber sido el objeto de sus favores, siendo así que nada había de eso. — Hijo mío, le dijo el prudente confesor, vuestra falta es muy grave y es probable que no llegueis jamás á obtener el perdón, porque no consentiréis en hacer la penitencia necesaria y la reparación indispensable. — ¿Cuál es, padre mío, la reparación que debo hacer? — Al lo que contestó el P. Alfonso con autoridad, diciendo: Teneis que presentaros delante de todas las personas que os han oído y decirles, que esa señora es virtuosa y que vos la habeis calumniado. Todas las demás penitencias que se os impusiera serian vanas; se trata de una injusticia y es menester repararla; sin eso no esperéis perdón. — ¿Qué hizo aquel desgraciado?... La historia no lo dice...

Hé aquí el otro ejemplo; es S. Vicente Ferrer quien lo cuenta. La misericordia divina, dice el santo, había perdonado á un calumniador sus numerosas detracciones, el cual tuvo que ir al Purgatorio á expiarlas; pero se rogaba mucho por él, y el tiempo de sus penas fué abreviado. Y he aquí que dirigiéndose al Paraíso, no le dejan entrar: os falta todavía, le dicen, hacer una reparación; es necesario pedir perdón al que habeis calumniado. Y añade el santo: «Podeis crerme con seguridad, porque era yo mismo á

quien aquel hombre había difamado, y á mi mismo se presentó su alma á pedirme perdón.»

Y decidme, hermanos carísimos, ¿es muy frecuente esta reparación tan absolutamente necesaria? Tal vez se encuentran entre vosotros algunos que hayan sido víctimas de detracciones y calumnias; ¿se os ha presentado jamás alguien á ofrecer os excusas y á daros satisfacción, diciéndoos por ejemplo: Tal día os calumnié, vengo á pedir os perdón?... Sin duda que no; ¿no es así?... Ya veis, pues, cuan cierto es que las consecuencias de la maledicencia y calumnia sean graves, y cuan difícil hacer una penitencia adecuada que satisfaga á la justicia de Dios y que repare el honor vulnerado del prójimo...

PERORACION. — No quiero proseguir, hermanos carísimos; creo haber suficientemente demostrado que la maledicencia y calumnia son vicios muy comunes y que nosotros no debemos favorecer en manera alguna esos pecados, prestando atentos oídos á los que no reparan en hablar mal de su prójimo... Ah! esas malas lenguas que escuchais con tanta complacencia, á penas os habrán dejado, cuando lanzarán contra vos sus dardos malévolos!... No os fieis de ellas, porque son falsas, mentirosas y á nadie respetan... Os he demostrado además que era muy difícil reparar el daño inferido al prójimo por medio de la maledicencia y calumnia... Ni aun en la hora de la muerte se reconoce, como es debido, la gravedad de este pecado; porque entonces no se tiene el valor necesario y faltan los medios para dar al prójimo la satisfacción que se le debe. Y despues, ¿quién es capaz de detener las consecuencias de la calumnia? Imposible!... Ah! esas consecuencias funestas deben perseguir al alma culpable hasta en el infierno y agravar cada instante su suplicio. ¿quereis, pues, conservar vuestra conciencia en paz durante la vida y en la hora de la muerte? Seguid este consejo de S. Agustin: No hableis jamás, ni poco, ni mucho, de las faltas ajenas... Sed bueno, indulgente y misericordioso para con los demás, y estad seguro que Dios se mostrará bueno y misericordioso para con vos... Así sea...